

trimonio y unge y consagra por el orden. Estos divinos sacramentos, siendo los que dan á los hombres que los reciben el ser y vida sobrenatural, con las obligaciones y los derechos de cristianos, son los que forman la Iglesia esposa de Cristo, nacida en su costado abierto, en la sangre y agua que de él emanaron. ¿Qué fluyó del costado de Cristo, dice San Agustín, sino el sacramento que reciben los fieles?... de la misma sangre y agua se significa nacida la Iglesia. Por la sangre se designa el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, y por el agua el sacramento del bautismo, en los cuales, como principales, se contienen los demás sacramentos, pues todos reciben de la pasión de Cristo toda su virtud y eficacia.

Esto trae de luego á nuestro discurso la reflexion de que así como en el cuerpo humano es la sangre el órgano é instrumento universal por donde el alma ejerce en el cuerpo muchas funciones vitales, así en la Iglesia que es el cuerpo místico de Cristo, es su sangre preciosísima el grande órgano é instrumento universal por donde el Dios hombre le comunica moralmente su espíritu y su vida. Mas ¿qué mucho, si esta sangre sacratísima es la bebida del gran convite sacramental que nos da el Señor, y que bebida por nosotros, nos nutre, refrigera y conforta, manteniendo y aumentando en nosotros la vida de la gracia? ¿Qué mucho, si vertida todos los dias sobre nuestros altares en sacrificio perenne, nos renueva sin cesar, haciéndonos expeler la corrupcion del vicio, apartando de nosotros la enfermedad y la muerte del pecado, y surtiéndonos en los bienes de gracia de todas las sustancias que necesitamos en individuo y en cuerpo místico y moral, para reparar nuestras pérdidas y reanimar nuestras fuerzas espirituales, debilitadas por nuestra miseria? Confesemos, pues, que esta sangre santísima es necesaria al cuerpo místico de Cristo, para que pueda subsistir y tenga vida; y reconozcamos á sí mismo nuestra dignidad al advertirnos ennoblecidos con el esmalte de esta preclarísima sangre, pues concibiéndose en humana naturaleza el Hijo de Dios, así como se hizo verdadero hijo de Adán y hermano nuestro, nos hizo á nosotros en cierto modo consanguíneos de la Divinidad.

FIESTA DEL DIVINO REDENTOR,

QUE SE CELEBRA EL TERCER DOMINGO DE JULIO.

La institucion de esta fiesta fué celebrada y votada por el pueblo veneciano con motivo de la horrorosa peste que debastaba su república; epidemia asoladora que lo afligia, y que cundiendo en las poblaciones y campos, se cebaba en el noble y el plebeyo, en el rico y el pobre, en el anciano y el jóven, cubriendo la tierra de cadáveres, llenando de miseria y de luto á las familias, y esparciendo por todas partes la consternacion y el espanto.

La propagacion y aumento del mal que cada dia se enfurecia mas, excitó al fin en el pueblo el espíritu de penitencia: compungido delante del Señor, imploró su misericordia; y para alcanzarla hizo voto de visitar todos los años el templo del Divino Redentor, fabricado desde los cimientos á expensas de la pública piedad, con magnificencia extraordinaria. Lleno de benignidad y clemencia, oyó el dulce Jesus los clamores de aquella afligida república, acompañados con la penitencia como los de los ninivitas y no desatendiendo un voto en que se interesaba su gloria, levantó el azote de su justicia; la devastadora peste disminuyó al punto sus estragos, y á poco tiempo quedó totalmente extinguida, volviendo á los consternados corazones la serenidad y la paz.

Agradecida la ciudad de Venecia, no solo dió cumplimiento á su voto, sino que para hacer mas solemne el dia dedicado á satisfacerlo, impetró del papa Inocencio XIII se estableciese una nueva festividad con el título *del Divino Redentor*, con misa y oficio propio, que en lo pronto solo se concedió al clero secular y regular de aquella capital, asignándosele el tercer domingo de julio, y posteriormente Benedicto XIII lo estendió á todos los estados de esa república. De ella se comunicó el privilegio á la iglesia de España y á todos sus antiguos dominios, y por este motivo la celebra la nuestra.

Tal ha sido el origen y progresos de esta solemnidad, de la que debemos sacar dos frutos. El primero alabar la bondad y clemencia de nuestro generoso Redentor, que conservando siempre su ardiente caridad hácia los pecadores redimidos con su preciosísima sangre, se halla pronto en todo tiempo y ocasion á escuchar nuestros ruegos, y á dejarse ablandar por nuestros humildes y penitentes clamores. El segundo, reconocer que los pecados de los pueblos y de los que los gobiernan, provocando la indignacion divina, atraen por lo comun el azote de la peste, de la guerra y demas calamidades públicas, que no perdonan á clase alguna de la sociedad; y que el mejor medio de hacerlas terminar, es enmendar nuestras malas costumbres, y humillar nuestras cervices á la divina justicia, que no hiere sino para curar, ni mata sino para darnos la vida. Al Padre celestial sea dada alabanza y gloria por todos los siglos, porque amó tanto á los hombres, que no dudó darles á su Unigénito y querido Hijo para su refugio y remedio.



FESTIVIDAD DE SEÑOR SAN JOAQUIN,

QUE SE CELEBRA EL DOMINGO SIGUIENTE A LA

ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Aunque el martirologio romano hace memoria de este glorioso patriarca el 20 de marzo, con todo, la Iglesia quiso fijar su festividad en esta dominica, sin duda con el designio de que no quedase sin celebrarse en aquellos años en que ocurría la semana santa en el dia que desde un principio habia señalado.

Pudiera, al parecer, extrañarse que los evangelistas no hubiesen hablado del gran patriarca San Joaquin, si el Espíritu Santo no nos hubiera prevenido en el libro sagrado del Eclesiástico, que los padres nunca mejor se conocen que por los hijos, y que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre. Siendo María, Madre de Jesus, el precioso fruto de la union

de San Joaquin y Santa Ana, basta esto para dar á conocer la excelencia, nobleza y dignidad de las virtudes del padre de la madre de Dios y abuelo del Salvador del mundo. En vano es, pues, buscar títulos mas llenos y magestuosos, y las ideas mas elevadas de grandeza serán siempre inferiores á las que nos presenta este solo título de padre de María.

Es indudable que San Joaquin fué de sangre real, como lo fué el señor San José, de quien era pariente inmediato. Su familia originariamente descendia de Judéa; y aunque no faltan escritores que quieran dar el carácter de opulento á este patriarca, sin embargo, reducido al estado de pobreza por una providencia particular del cielo, que disponia y preparaba los caminos del Salvador, vivió como oscurecido; y habiéndose domiciliado en Nazaret, era comunmente reputado por familia galilea. El patriarca José ejercitaba el oficio de carpintero, y el señor San Joaquin, tratando en ganados y lanas, conseguia lo necesario para la vida.

No parece sino que la piedad habia nacido con el Santo: aun no se habia visto en el mundo hombre de vida mas ajustada. La rectitud, la modestia y el amor á los preceptos del Señor eran en él característicos, y el conjunto de virtudes que adornaban su alma santa, le merecieron el aprecio y estimacion de todos sus conciudadanos. Penetrado de las promesas que el Señor habia hecho á sus padres, y deseoso de tener parte en ellas, buscó cuidadosamente la doncella mas virtuosa y mas cabal de todas las tribus de Israel; eligiendo á Ana, de la de Leví, cuya familia sacerdotal, como la de su sobrina Isabel, hizo que se uniesen las casas de David y de Aaron, como que de su hija habia de salir el Mesías, Rey y Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec. Cuáles y cuántas fuesen las gracias con que el cielo previno á la digna abuela del Salvador, y cuán copiosos los frutos que de esta union hecha por el cielo se produjeron, nos lo dió á entender aquel estado de elevada santidad que los constituyó un modelo el mas acabado de las virtudes conyugales.

Y á la verdad, no pudiendo ser mayor la conformidad de

genios, dictámenes é inclinaciones de estos dos santos esposos, tampoco se habia presentado hasta entonces un conjunto de gracias que mas edificase en el pueblo de Dios. El único objeto de sus ansias era ver cumplidos los vaticinios de los profetas sobre la venida del Redentor. Sus deseos, sus fervorosos suspiros por ver la salud de su pueblo los hacia pasar en ferviente oracion y escondido retiro todo el tiempo que lo permitian las indispensables ocupaciones de su estado. Como en la oracion el fuego del divino amor se acrecienta y abrasa el corazon, llegó á estar el de nuestro santo tan inflamado en este incendio divino, que segun se reveló á la bienaventurada Santa Bríjida, ninguna cosa de la tierra era capaz de mitigar sus ardores. "Fueron, dice esta santa, Joaquin y Ana dos astros brillantes, cuyo resplandor aunque encubierto para los hombres con la oscura nube de una condicion humilde, deslumbraba á los mismos ángeles y embelesaba, por decirlo así, al cielo todo con la inocencia y pureza de su vida."

Mas como la virtud, así como el oro, para probar sus quilates tiene su horno en que se purifica, que es la tribulacion, no faltó esta prueba á la virtud de nuestro patriarca. Declinaban hácia la vejez Joaquin y Ana y se veían sin sucesion y casi sin esperanza de tenerla; esterilidad que en la antigua ley ere reputada por una maldicion del cielo y por la desgracia mas afrentosa que podia caer sobre una familia, pues por ella perdía para siempre la esperanza de emparentar con el Salvador. Esta afligia, entristecia y llenaba de pena á estos dos santos esposos, quienes se hallaban humillados y desatendidos de los mismos de su pueblo. Hay quien asegure que en cierta ocasion, queriendo señor San Joaquin acercarse al altar á presentar su ofrenda al Señor, uno de los sacerdotes le desvió de él con desprecio como indigno de participar de los privilegios que gozaban los que no estaban como señalados de la mano de Dios; accion que aunque humilló á nuestro santo, con todo, á semejanza de Abraham, le hizo esperar contra la misma esperanza. Esto solo fué un nuevo estímulo que avivó sus deseos é hizo que multiplicando sus ruegos, al fin alcanzase aquella

sucesion tan deseada de los patriarcas, viendo producir de su misma infecundidad aquella misteriosa vara del tronco de Jesé de que hablaba el profeta Isaís, y que se dejase ver finalmente sobre la tierra aquella aurora tan deseada de todas las naciones, que habia de preceder al nacimiento del Salvador.

En efecto, Joaquin ora en el huerto, y un ángel del cielo le revela que Ana ha concebido en su seno á una niña que será bendita entre todas las de su sexo, y que Dios queria servirse de ella para la salvacion de Israel. He aquí el principio de las felicidades y de las glorias de Joaquin y Ana, de que los padres, tanto latinos como griegos, han tegido los mas preciosos elogios de estos castos esposos.

"Fué David, dice San Epifanio, rama de la raiz de Jesé, como lo fué la Virgen del tronco de David. Su padre San Joaquin y su madre Santa Ana, cuidando únicamente de agradar á Dios con la pureza de su vida y con el ejercicio de todas las virtudes, produjeron el precioso fruto de la Virgen María, que fué el templo mas precioso de la augusta Trinidad, y digna Madre del Hijo de Dios. ¡Qué sacrificio tan agradable ofrecian al Eterno estas tres santas personas, Joaquin, Ana y María! El nombre de Joaquin significa *preparacion del Señor*, así como el de Ana significa *gracia*; y ciertamente ninguna hay mas señalada que la de dar á luz á la Madre del Salvador."

"¡Qué afortunados esposos Joaquin y Ana! exclama San Juan Damasceno, ¿cuánto os debe el género humano por haber dado á la que algun dia habia de dar al Redentor del mundo! Gózate, Joaquin dichoso, pues te ha nacido una hija que ha de ser Madre del prometido Mesías. ¡O felicísima union de Joaquin y Ana! Ningunas maravillas por extraordinarias que fuesen; ningunas acciones por grandes que se celebrasen; ningunos prodigios de virtud que de vosotros se refiriesen, nos harian formar una idea mas superior de vuestro mérito, que la cualidad de ser padres de la Madre de nuestro Dios. No hay grandeza, no hay dignidad sobre la tierra que no sea inferior á este glorioso título. Por la excelencia del fruto se conoce la del árbol, y por la de la Santísima Virgen, vuestra extraordinaria santidad."

Se ignora el tiempo fijo de la muerte del señor San Joaquin; lo que se tiene por mas probable es haber llegado á la edad avanzada de ochenta años, en la que despues de haber presentado á su bienaventurada hija en el templo y consagrádola al Señor para su servicio, murió con la muerte de los justos en los brazos de Ana y de María.

Son muchos y grandes los elogios con que los padres, tanto griegos como latinos, han engrandecido las excelentes virtudes de este patriarca; y en la Iglesia de Oriente, desde el cuarto siglo comenzaron los cristianos á profesarle grande y singular devocion, componiendo himnos en su alabanza, y recurriendo á su patrocinio en las grandes necesidades. Y aunque la Iglesia de Occidente tardase algun tiempo mas en extender entre sus hijos la devocion á este gran patriarca, con todo, no cede hoy á la iglesia griega en su piedad para con el padre de María. Muy pocos pueblos se hallarán en la cristiandad donde no se encuentren erigidos altares á la memoria de señor San Joaquin; lo que prueba cuanta es la confianza que los fieles tienen en su patrocinio, y los singulares favores que el cielo ha dispensado en todo tiempo á los que lo han invocado en sus necesidades con viva fé y confianza. Y á la verdad, ¿qué podrá negar la Hija y el Nieto á un padre y abuelo escogido para dar el lleno á las promesas hechas á Abraham y su posteridad? El señor San Joaquin, modelo, no solo de las virtudes de los que viven en el siglo, sino aun mas particularmente de los que llevan una vida interior y retirada, merece ser propuesto por modelo, así de la vida pública como de la espiritual, y experimentarán todos los que se proponen imitar sus virtudes los grandes progresos que harán en el camino de la perfeccion.

En Colonia, en la iglesia de los santos Macabeos, se encuentra el cráneo de señor San Joaquin, encerrado en una cabeza y adornado de preciosísimas piedras, con una inscripcion que dice: CABEZA DE SR. S. JOAQUIN. En Bolonia de Italia se encuentran otras reliquias, transportadas de Jerusalem por Santa Helena.

FIESTA DEL DULCE NOMBRE DE MARIA,

QUE SE CELEBRA EL DOMINGO SIGUIENTE A LA

NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Hácia los fines del siglo décimoséptimo se habia renovado con mas decision y encarnizado furor la casi no interrumpida guerra que con vario suceso habia sostenido siempre la cristiandad contra los mahometanos. El imperio turco, lleno de orgullo por las ventajas que habia adquirido sobre los austriacos en 1683, poseido de irreconciliable ódio al nombre cristiano, y solicitando su exterminio, invadió de nuevo con un ejército de doscientos mil hombres á las ricas provincias de Austria, y puso sitio á Viena, su capital, que se hallaba defendida por una reducida guarnicion. Los ataques fueron muy vivos; una batería de ciento ochenta cañones disparaba dia y noche contra el muro, y el ejército infiel llegó á introducirse en la ciudad por una brecha el 14 de agosto, y aun á ocupar una altura, desde la que hacia un terrible fuego á los sitiados.

La fortuna parece era propicia en todo á los turcos; un voraz incendio en un edificio próximo al arsenal á donde se guardaba la pólvora, y que milagrosamente se cortó el 15 de agosto, iba á volar la ciudad y puso en consternacion á todos los habitantes. Combatian ellos con superioridad, por su número y mayor alcance de su artillería, hasta replegar á sus contrarios á las fortificaciones interiores; diariamente ganaban terreno y arruinaban las obras enemigas con bombas que llovian sobre los edificios, Viena estaba ya casi en sus manos; pero ¡ah! los cristianos tenian unas armas superiores sin comparacion á cuantas jugaban los secuaces del Alcoran. Mientras las valientes tropas peleaban denodadamente en los fosos y repelian á los mahometanos, los demas fieles clamaban en los templos á María, su Madre y auxilio, á María, á quien rendian humildes cultos, en cuyas piadosas manos ponian su suerte y

por la que esperaban llegasen sus clamores al Dios de los ejércitos.

No quedaron, en efecto, desairados sus votos, y muy pronto reconocieron todo el poder de la proteccion de la Madre del Omnipotente. El dia 8 de septiembre, dedicado á la natividad de María, tuvieron los habitantes de Viena noticias ciertas de que les venia auxilio, y el segundo dia de la octava aparecieron coronadas las cumbres de Kalemberg de las tropas mandadas por Juan Sobieski, rey de Polonia, y el príncipe Cárlos de Lorena. Aprestóse el ataque para el dia 12, y despues de haber los dos príncipes asistido al santo sacrificio de la misa, que ayudó el mismo rey, comulgando con grande devocion, comenzó el ejército á bajar para la montaña con denodado aliento, excitado por las palabras que les dijo el rey al ponerse en pié: *Ahora podemos ya marchar con confianza bajo la proteccion de la Santísima Virgen, y con la mayor seguridad de que no nos negará su asistencia.* Aguardólo el campo turco en órden de batalla; pero aunque al principio sostuvo la carga con valor, muy pronto fué derrotado completamente por los polacos y alemanes, quedando muertos en el campo como cien mil hombres y huyendo los restantes cobardemente á embarcarse en el Danuvio, dejando en poder de los cristianos toda su artillería, parque y un inmenso botin, y hasta los grandes estandartes de Mahoma y del imperio.

Todos reconocieron deberse aquella gran victoria, admirable y verdaderamente milagrosa, á la visible proteccion de la Santísima Virgen. El emperador, el ejército victorioso y la ciudad toda de Viena lo confesaron públicamente y dieron las mas rendidas gracias á Dios y á su adorable Madre por tan singularísimo beneficio hecho á toda la cristiandad; y el papa Inocencio XI, para perpetuar su memoria, dispuso se celebrase en lo sucesivo en toda la Iglesia, instituyendo la fiesta del Santísimo Nombre de María, asignando para ella la dominica infraoctava de su natividad.



FIESTA DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

QUE SE CELEBRA EL TERCER DOMINGO DE SETIEMBRE.

La presente festividad fué concedida al reino de España y á nuestras Américas, con oficio propio, que es devotísimo, y la misa asignada en el misal romano para el viernes de la semana de pasion, llamado entre nosotros *de Dolores*, por dos decretos de la sagrada congregacion de ritos, uno, de 17 de Setiembre de 1735, y el otro, de 8 de Marzo de 1738.

Cuanta sea la devocion de nuestra Iglesia mexicana á los Dolores de la Santísima Virgen María, especialmente á los que padeció al pié de la Cruz, cuando atravesada su inocentísima alma con aquella aguda daga, que le profetizó Simeon, nos recibió por hijos, conformándose con el legado que su Divino Hijo le hizo de todos los hombres en la persona de San Juan, en aquellas sabidas palabras: *Ecce filius tuus*; "Hé aquí á tu hijo;" es un hecho tan notorio que no necesita comprobarse, pues no solo se conoce en el empeño con que se celebran las dos fiestas dedicadas á su memoria, en el recuerdo que se hace de ellos los viernes del año y en la multitud incontable de las imágenes de María Dolorosa, que se venera en casi todos los templos y casas de nuestra América, sino aun diariamente en la señal que se hace con las campanas á las tres de la tarde, para recordar á los fieles las Agonías de Jesus y los Dolores y Soledad de su Purísima Madre y nuestra; práctica piadosa que desde el año de 1686 introdujo el celosísimo y venerable misionero jesuita P. José Vidal.

Cuan acepta sea esta tierna devocion á la Santísima Virgen, bastante lo manifiesta entre otras muchas cosas, el haberse dignado instituir con el fin de propagar esta devocion una nueva familia religiosa, que es la que se conoce en Europa con el título de *Servitas*, de cuya fundacion daremos una breve idea, ya que en el viernes de la semana de Pasion, hemos tratado de los dolores de María.